

CAPITULO LXV

Mate

AL día siguiente almorzó con Pimentel y su hija.

El banquero le ayudaba, proporcionándole una buena ocasión para que se explicase con ella.

Porque al levantarse de la mesa, tomando como pretexto sus negocios, dejó solos á los dos jóvenes.

No había por qué quejarse de su complacencia.

Durante el almuerzo, Román estuvo observando al padre y á la hija, para cerciorarse de si habian hablado ó no sobre el asunto.

Pero en Sofia no advirtió ninguna emoción que diese pábulo á sus sospechas.

Estaba como todos los días, amable y satisfecha de te-

ner á su lado un buen amigo, sin adivinar siquiera que iba á convertirse en amante.

Esto indicaba que el banquero no queria influir en pró ni en contra, en el ánimo de su hija.

Era leal en el juego, y aun cuando conocia las cartas del contrario, no quiso hacerle trampas.

De lo cual resultaba una ventaja en su favor.

Por indicación de la joven, pasaron al jardín, que era un paralelógramo formado por unas dos fanegas de tierra, con árboles de sombra, y platabandas de flores.

Ocuparon el interior de un kiosko tapizado de chipulo y enredaderas con vistosas campanillas.

Era el gabinete de trabajo de Sofía, durante los meses de verano.

Porque entonces las gentes no viajaban aún en estío, y rara era la familia que pasaba de Miraflores de la Sierra.

Sobre el velador de caña que ocupaba el centro de aquel delicioso nido, se veía un pañuelo á medio bordar, en un bastidor de caoba, varias comedias de las estrenadas últimamente en los teatros del Príncipe y de la Cruz, y una cartera de piel con dibujos y lápices.

El banquero, hombre dado á la literatura y á las artes, procuraba á su hija una educación proporcionada á su clase.

Pero aquel día la joven daba de mano al trabajo.

No bordaba, ni dibujaba, ni leía en obsequio de su interlocutor.

Además, después de un buen almuerzo, ni la imaginación, ni la mano, están á propósito para distraerse trabajando.

El trabajo entorpece la digestión, y ésta se hace mejor entregándose á una sabrosa plática.

Román estaba algo preocupado, lo que la joven notó en seguida.

—¿En qué piensa usted?—le preguntó.

—En lo que tengo que decirle;—contestó aquél con cierta gravedad.

—¡Ah!... ¿conque no vamos á murmurar un poco?

—Por hoy no, Sofía; al contrario, deseo que hablemos en serio.

—¿En serio?

—Sí... y de nosotros mismos.

—¡Ya! ¿Conque vamos á sacar á relucir nuestras faltas? Yo tengo muchas... y supongo que usted no carecerá de algunas. Nadie es perfecto en este mundo.

Y acompañó sus palabras con un gracioso mohín.

—Tampoco es eso.

—¿Pues de qué se trata?

—De mejorar mi situación en esta casa.

—¡Jesús! ¿Tiene usted queja de nosotros? ¡Me parece que no nos portamos mal con usted!

—En fin, Sofia, ¿está usted contenta de mi amistad?

—¡Contentísima! ¡Mentiría si afirmase lo contrario!

—¿No ha pensado usted alguna vez en que hay almas ambiciosas, para quienes la amistad es un afecto demasiado pobre?

—Pues bien, nó;—contestó la joven extrañando la pregunta.—El alma debe contentarse con lo que la dan, cuando es bueno.

—En efecto, debe ser así... pero no es.

—¿Que nó?

—La amistad no satisface del todo, si se piensa en el amor, que es su grado máximo.

¡El amor!

Esta palabra hizo que Sofia dejase el tono franco y ligero, adoptado hasta entonces, como siempre que hablaba con Román.

Le miró con fijeza, queriendo sin duda leer en su rostro los pensamientos que hormigueaban en su cerebro.

Algo debió adivinar en aquel mudo examen; porque de repente enrojeció, bajando los ojos.

Sus dedos hacían nudos en los cordones de su bata, y aparentaba cierta confusión.

Miraba hacia el jardín, como si quisiera salir del kiosko, por no encontrarse á gusto en él.

Al mismo tiempo parecía querer ignorar lo que Román iba á decir, presumiendo con razón, que regularmente añadiría algo á lo ya expuesto.

El joven la contemplaba también, y se sonreía imperceptiblemente.

Sin duda tomaba por de buen agüero aquella confusión.

El hombre es presuntuoso en tales ocasiones, por mucha que sea su modestia, y no supone que puedan mortificar sus palabras.

La emoción debe ser hija del efecto que causan, y no de otra cosa.

Román, insistiendo en tal idea, prosiguió:

—Pues bien, Sofía, hay almas que propenden al amor, porque están demasiado bien templadas para la amistad.

La mía es una de ellas.

La joven seguía callando, sin distraer su vista, que estaba fija en la punta de sus lindas zapatillas de taflete, que asomaban por el extremo de su bata.

Aquella actitud no era propia para desanimar á Román, ya que tampoco le animase.

Lo mismo podía juzgarla como una afirmación que como una negativa.

Además, había avanzado ya demasiado para pensar en retroceder.

No podía; pero tampoco lo deseaba.

—Sofía,—dijo,—al venir á esta casa, permaneciendo al lado de usted con frecuencia, no fué mi ánimo hacerle la ofensa de no enamorarme; eso hubiera sido despreciar sus méritos, ó no reparar en ellos, cosas ambas imposi-

bles para mí, y para cualquiera que alcance esta suprema dicha, que usted puede trocar en un infierno.

Sepa usted que estoy prendado de sus encantos sin darme cuenta de ello, y que aspiro á la felicidad suprema de ser su esposo para seguir amándola en público, porque olvidarla sería imposible.

Por consecuencia, el objeto de esta entrevista es obtener esa autorización... ó adquirir la certeza de que he sido un ambicioso al dar entrada en mi pecho á un afecto tan tierno, que se enseñoreó de él, y que nunca desaparecerá.

Román calló.

Había dicho lo bastante; nada tenía que añadir, sino esperar una contestación franca y categórica.

Sus miradas estaban fijas con insistencia en su bella interlocutora, que permanecía encastillada en un extraño silencio.

Su aspecto daba mucho en qué pensar.

A su primer estado de turbación había sucedido una inquietud extrema.

Los pliegues que formaba la bata sobre su casto seno, indicaban una respiración frecuente y agitada que no se explicaba.

Al rubor de sus mejillas, había sucedido una mortal palidez que la asemejaba á un cadáver.

Sus manos tenían movimientos bruscos é intermitentes como los que produce la fiebre cuando empieza á apoderarse de una persona.

Era pertinaz su silencio, é incomprendible, sin que hubiese algo que le justificase.

Román esperó dos minutos, con una ansiedad parecida á la de ella.

Pero viendo que no obtenía contestación, le dijo:

—Y bien, Sofía; ¿qué tiene usted que contestarme?

—Nada,—murmuró ella en voz baja, sin que sus labios se moviesen apenas.

—¡Nada!—dijo Román, verdaderamente inquieto, al figurarse que había confiado muy pronto.—¡Pero eso es imposible! Mis palabras necesitan una contestación franca y leal.

Entonces ella, cobrando algún ánimo, repuso:

—¿Es verdad que me ama usted?

—¿No acaba de oirlo? ¡Me parece que me he explicado con claridad!

—Pues bien, en nombre de ese cariño le suplico que me ahorre la contestación que me pide.

—No, no, Sofía... no puede ser. Por lo mismo que mi lenguaje es formal, y que no se trata de un devaneo impropio de los dos, necesito que usted se explique con una claridad, igual por lo menos á la mía.

No vacile usted en affigirme si su contestación ha de ser negativa.

Estoy dispuesto á todo.

Mi amor propio no es prèsumción.

Pero, en fin, sepa yo á qué atenerme.

—¡Me coloca usted en una situación!

—Pero ¿por qué no hablar?

Ella repuso con visibles deseos de excusarse:

—No es que yo desprecie un amor que me honra en extremo, por más que deploro haberle inspirado...

—¿No le acepta usted?

—Circunstancias fortuitas, más que mi propia voluntad, me obligan á rechazar lo que sin ellas aceptaría.

Román se puso pálido á su vez.

Ya hemos dicho que no contaba con aquella contrariedad.

—¿Me desahucia usted?—preguntó anhelante.

—Lo siento, pero...

—Debo saber el motivo.

—No le tome usted como una ofensa... ¡de ningún modo!

—Creo que no lo sea, pues mi amor no ha podido ofenderla; sin embargo, insisto, porque pudiera haber algún inconveniente fácil de destruir.

—¡Ah, no!... ese inconveniente existe en efecto, pero es indestructible.

—¿Y por qué yo no he de conocerle?

—¿Qué adelantaría usted con eso?

—Es un derecho que asiste á todo amante desdeñado... el derecho de saber en qué estriba su desgracia.

—Mi revelación no la haría menor.

—Siempre es un consuelo... ¿es que está usted enamorada de otro?

—Román... le suplico que se contente con lo que he dicho...

—Pero si tiene usted en el corazón un afecto que excluye toda correspondencia, ¿por qué no decírmelo así? Después de todo, sería bien natural que otro se me hubiera adelantado.

—No, no...

—Es el único motivo que yo aceptaría.

—¡Román, tenga usted compasión de mí!

Y dos lagrimas que asomaron á sus pupilas hacían más eficaz la súplica.

—Pero él estaba dispuesto á no ceder.

Era natural su insistencia, y otro en su caso hubiera hecho lo mismo.

—Sofía,—exclamó,—es inútil que intente ocultarme lo que yo adivino; usted ama á otro.

—He dicho que no,—repuso aquélla con extraordinaria viveza.

—Y yo insisto, á pesar de su negativa. Usted ama á otro, y me hace pensar que ese otro es sujeto ruin y desprovisto de las dotes que recomiendan á un caballero, cuando no se atreve usted á confesar los sentimientos que la inspira.

—Al contrario... y ya que me pone usted en el caso de

aparecer algo más explícita, le diré que yo soy la indigna de corresponder al amor que me ofrece un caballero.

—¡Indigna usted!—exclamó Román, verdaderamente admirado.

—Si...

—¿En qué sentido?

—No he de añadir un palabra más; por lo tanto suplico á usted que no me interrogue.

—Y yo creo que debo hacerlo. Cuando á un hombre se le sentencia á un castigo, cuando se le impone una pena, no se comete con él la crueldad de callarle los motivos que la han hecho precisa.

Esto no se consigna en ningún código del mundo.

El sentenciado sabe siempre la causa que le hace perder la vida.

¿No he de solicitar yo lo que no se niega al reo de muerte?

—¿Y si yo le pidiera por favor el silencio?

—Insistiría siempre.

—¡Oh!... ¡aquí el cruel es usted!

—No, soy lógico.

—¿No le basta que le asegure que en mi repulsa no hay ninguna ofensa para usted?

—No, no me basta.

—Pues yo no puedo ni debo decir más; si usted no se satisface, tanto peor.

Y la joven salió del kiosko, con un ademán entre confuso y ofendido.

Román se quedó sin saber lo qué le pasaba.

Que ella era indigna del amor de los hombres.

¿Por qué?

¿Había alguna mancha que empañase su pureza?

¡Imposible!

Pero si amaba á otro, ¿por qué ocultarlo? ¿Por qué no decirlo francamente? ¿Qué mal había en ello?

Podía disgustarla el matrimonio... podía no ser de su agrado Román.

Pero esto otra cualquiera lo hubiese confesado con franqueza, porque no era el primer caso.

Tampoco debía producir la emoción dolorosa que aparentó Sofia al negarse á hablar.

Un hombre puede saber que no es amado, sin que en ello vea una ofensa... sin que se manifieste herido ni aun en su amor propio.

El silencio de Sofia era inexplicable; no tenía una base lógica en qué apoyarse.

Aquella noche se encontró el joven con el banquero en un teatro.

—Y bien,—le dijo aquél,—¿se ha explicado usted ya con mi hija?

—Sí, señor; esta mañana.

—¿Qué le ha contestado Sofía?

—Categoricamente, nada.

—¿Pues qué es lo que disculpa en ella tal ambigüedad?

—¿Sabe usted lo que creo, amigo Pimentel?

—¿Qué?

—Que he aprovechado mal el momento... que ha habido poca oportunidad en mí. Sofía estaba esta mañana en una de esas situaciones excepcionales, en las que una joven da calabazas á toda una legión de Narcisos...

El banquero no pudo menos de echarse á reír.

Román continuó:

—Esta es mi opinión; por lo demás espero hacer triunfar mi candidatura... no siempre ha de oirme con mal humor... todo ello pudiera consistir en que el almuerzo le sentó mal, y yo interrumpí su digestión.

—Acaso... las muchachas son caprichosas, y pretenden mañana lo que han despreciado hoy.

—En eso confío.

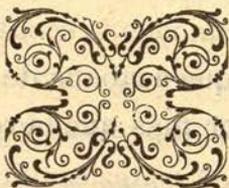
—No estaría de más que yo le ayudase.

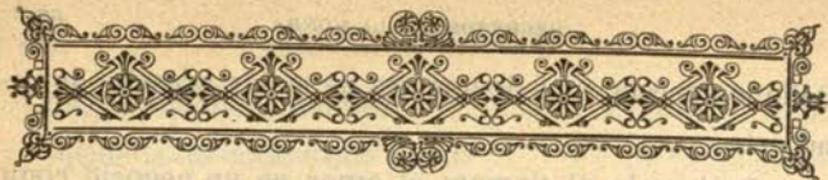
—De ningún modo, amigo Pimentel, por más que agradezca sus buenos oficios. Dejémosla pensar en calma lo que ha oído esta mañana: ella resolverá... y creo que á mi favor.

—Yo también espero que sea así... me consta que

Sofía le aprecia; más de una vez he tenido ocasión de conocerlo.

—Dejémoslo al tiempo: el amor es un negocio como otro cualquiera, y suele dar mal resultado por exceso de apresuramiento.





CAPITULO LXVI

Una encina que da algo más que bellotas

Greia Román lo que acababa de decir al banquero?
Tal vez, por más que la repulsa de la joven fué rotunda.

Pero su amor propio, que era grande, no pudo avenirse con aquel desdén, que no estaba confirmado por una confesión franca y explícita.

Acaso la joven en la soledad de su aposento, reflexionase mejor, adoptando una resolución contraria á la de aquella mañana.

Sin embargo, su conducta se prestaba á extraños comentarios.

Pero Román no era hombre que se dejase vencer por el primer revés de fortuna, mucho más jugándose una partida en que arriesgaba su porvenir.

Pensó lo que hubiera pensado en aquel caso otro hombre de menos experiencia.

Sofía estaba enamorada; prefería á otro.

Lo importante era conocer al que obtenía su cariño.

Conociéndole, se proponía desbancarle.

Esto no era difícil, porque Román aprovechaba todos los medios, malos y buenos.

Lo mejor y más indicado para conseguir este propósito, era sobornar á una de las doncellas de Sofía.

Al efecto se fijó en una guipuzcoana que parecía obtener la confianza de su señorita.

Un día de fiesta en que á aquélla la tocaba salir, la espíó, haciéndose después el contradizo.

Filomena había servido ya en otras casas; conocía el oficio perfectamente, y sabía que las ocasiones pueden hacerle lucrativo cuando se saben aprovechar.

Por lo demás, estaba curada de espanto, como vulgarmente se dice, y practicando cierta filosofía que se arregló para su uso particular, todo lo encontraba lógico, sin que se extrañase de nada.

Aquel hallazgo fortuito con el marqués no llamó su atención, suponiendo desde luego que no era casual, sino muy motivado.

Después de saludarse, la dijo el joven:

—Celebro encontrarte, Filomena, y si tus negocios te permiten disponer de media hora, la aprovecharé yendo en tu compañía, que no es mala.

—Gracias, señor marqués,—contestó la muchacha admitiendo el piropo.—Yo estoy siempre á su disposición para todo lo que sea necesario y pueda servirle.

La tarde estaba tempestuosa; hacia un calor sofocante, y las pardas nubes despedían de vez en cuando gruesas gotas, precursoras del temporal.

Por cuya circunstancia Román la propuso que el diálogo tuviese lugar en un café retirado, cosa que Filomena aceptó sin inconveniente, porque podía darse el placer de refrescar, y al mismo tiempo se evitaba el cansancio que produce un paseo por la villa.

Román entró en materia del siguiente modo, mientras su interlocutora despachaba una chica de cerveza con limón:

—Vas á hacerme un favor, Filomena.

—Ya he dicho al señor marqués que puede contar conmigo en absoluto.

—Creo que no tengas inconveniente en darme los detalles que solicito de tí respecto de tu señorita.

Hablo de esta manera porque voy á dar un paso algo serio, y no quisiera arriesgarme en tonto.

—Usted dirá de lo que se trata.

—He tenido, no sé si la fortuna ó la desgracia, de enamorarme de Sofia.

La muchacha sonrió.

—¡Lo había adivinado!—dijo maliciosamente.

—Es que yo no he puesto gran empeño en ocultarlo; además, te tengo por lista.

—¡Pché!... no soy tonta... aunque tampoco presumo de haber inventado la pólvora.

—Antes de arriesgar mi amor propio en una declaración, quisiera...

—Adivino lo que usted pretende...

—¡No me extraña!

—Y encuentro muy natural que usted quiera informarse de si la señorita es enteramente libre, para obrar en consecuencia.

—Exactamente... ahora veo que he hecho bien en buscarte: siempre le gusta á uno entenderse con una persona que comprenda, ó por mejor decir, que adivine el pensamiento.

—Así se ahorran tiempo y palabras.

—En efecto.

—Voy á corresponder á los deseos del señor marqués, hablándole con lealtad. Yo gozo á medias de la confianza de la señorita, porque no se la otorga á nadie por entero; tiene un carácter reservado, y hasta suspicaz.

—Pero como tú no eres tonta, habrás adivinado algo de lo que ella te oculta.

—Sin querer.

—Ya sé que eres discreta.

Filomena volvió á sonreír con la idea de que no se haría rica, vendiendo su discreción.

—Vamos á ver,—prosiguió Román.—¿Cómo está tu señorita en el capítulo de amores?

—Ya he manifestado que nada sé; lo que le voy á decir es sólo una sospecha.

—Habla.

—Creo que la señorita Sofía sostiene relaciones amorosas en medio del mayor misterio...

—¿Con quién?

—Con un joven que ronda mucho esta casa, y á quien se ve en los teatros y en los paseos que ella frecuenta.

—¿Pero tienes algún dato en qué apoyar tu suposición?

—Los dos se dirigen, á hurtadillas de los que acompañan á la señorita, dulces sonrisas y significativas miradas.

—¿De modo que tú le conoces personalmente?

—Sí, señor.

—¿Qué tal es?

—Sin ofender al señor marqués, diré que no debe parecer despreciable á ninguna mujer que piense un poco en el séptimo mandamiento.

—¿Y él no ha intentado nunca valerse de tus buenos oficios?

—Nunca; no, señor.

—¿Ni de los de ninguno de la casa?

—Me parece que no.

- Entonces, ¿cómo se han entendido?
- Lo ignoro.
- Tal vez la cosa no ha pasado de un simple galanteo, traducido por miradas y sonrisas... amores de colegiala y de estudiante.
- ¡Quién sabe!... sospecho que están más adelantados que todo eso.
- ¿Sí?
- Lo supongo, nada más.
- ¿Por qué?
- Hace cosa de un mes hallé en un rincón del tocador de la señorita dos trozos de papel, que parecían procedentes de una carta rota...
- ¿Tenían algo escrito?
- Sí, señor; el uno una palabra, y el otro un nombre y un apellido.
- ¿Qué decían?
- El primero «amor.»
- ¿Y el segundo?
- Julio Mendizábal.
- ¿Estaban escritos los dos de la misma mano?
- Sí, señor; la letra era exactamente igual.
- ¿Y tú creíste que se trataba de una carta amorosa suscrita por el joven?
- Como usted y cualquiera lo hubieran creído.
- Es verdad... ¿pero con quién se entienden ambos que les sirve de estafeta?

—Con un árbol.

—¿Qué dices, Filomena?

—Sí, señor; una encina.

—Vamos, habla con claridad.

—Esta sí que no es suposición. Hay en el jardín cerca la puerta excusada que sirve de vez en cuando para el servicio de los carros siempre que hay que reponer árboles ó plantas, una encina que debe contar una longevidad extraordinaria.

Su estado es deplorablemente ruinoso: la mayor parte de sus ramas se han secado hace tiempo, y el tronco, de puro carcomido, está casi todo hueco.

Indudablemente presidió á la formación del jardín en tiempos remotísimos, pues ya ha visto usted que una gran parte de los árboles es ya vieja.

Pues bien; yo he visto á la señorita, hasta tres veces, aproximarse á la encina con grandes precauciones para no ser vista, y depositar un objeto en la cavidad que forma el tronco.

La primera vez que la sorprendí entregada á tan extraña operación, fué desde una de las ventanas.

Cuando se acercó, bajé obligada por la curiosidad.

En el hueco del árbol había una carta.

—¿Sin dirección en el sobre?

—Ninguna.

—¿La volverías á dejar en su sitio?

—Desde luego. Estuve observando todo el día, pues

comprendí que aquella carta estaba puesta allí para que alguien la recogiera...

—¿Y bien?

—No pude ver á nadie; al anochecer registré de nuevo el tronco; la carta había desaparecido.

—¡Es extraño! Porque el amante no podrá entrar en el jardín...

—Desde luego; si penetrase, ¿qué necesidad tenían de escribirse? Esto es lógico, señor marqués.

—¿Luego hay alguna persona dentro de la casa que sirve de correo?

—Es indudable.

—Pero esa persona bien podía tomar la carta directamente en vez de recogerla de la encina.

—¿Y si la recoge y la lleva, como puede suceder?

—¿Tú no sospechas?...

—De nadie.

—Pues ese misterio indica un amor formal; para un simple galanteo no se emplean tales procedimientos.

—Eso es lo que yo me he dicho mil veces; aquí debe haber algo más de lo que suponemos.

—¿Conque has visto á la señorita más de una vez emplear ese medio de comunicación?

—Hasta tres; y no he querido espiarla más, porque nada adelantaba.

—¿Pero crees que siga haciendo á la encina depositaria de sus amores?

—Sí, señor; siempre que lo necesite.

—¡Esto es raro!... ¡muy raro!...

—No; lo que se debe decir que es misterioso.

Román se quedó meditando.

Sin duda reflexionaba sobre lo que acababa de oír.

Filomena, que había dado fin á la cerveza, le contemplaba, sonriéndose maliciosamente.

Tal vez hacia ya cuenta con lo que iba á valerla aquel servicio, porque el marqués era dadivoso.

Era probable que no se contentara con pagarle una botella chica de cerveza.

Después de algunos segundos empleados en retorcerse las guías del bigote con la mano izquierda, le dijo, saliendo de su meditación:

—Filomena, deseo hacer contigo una alianza.

—¿Cómo, señor?

—Mejor dicho, que te dediques á mi servicio, sin abandonar el de la señorita... no lo perderás.

La guipuzcoana exhaló un suspiro de satisfacción.

Pero necesitaba saber lo qué se exigía de ella.

El marqués, prosiguió:

—Acabas de decirme que cuente contigo para todo lo que se me ofrezca...

—Con tal de que no haya compromiso para mí.

—¡Se supone!

—¿En qué puedo servir al señor marqués?

—Necesito una de las cartas que tu señorita deposita en la encina.

—¿Para qué?

—¡Vaya una pregunta! Para leerla.

—¡Imposible!

—¿Cómo?

—¡Es claro!... esa carta llegaría á echarse de menos por otras que depositara, á la que hacía referencia.

—No lo creas; sólo estará en mi poder el tiempo necesario para abrirla y leerla; después te la entrego y vuelves á depositarla en el tronco.

—¿Se conocerá que ha sido abierta?

—¿Cómo?

—Por el sobre...

—¿No dices que no llevan dirección? Pues con ponerla otro sobre igual no se conocerá que ha sido abierta.

—¡Es verdad!

—Ya ves como no hay compromiso.

—Sin embargo...

Román puso sobre el velador, al lado de Filomena, una moneda de cuatro duros, diciéndola al mismo tiempo:

—Cuando me entregues la primera carta, tendrás otra igual á esa.

La guipuzcoana miraba la moneda con codicioso deseo.

Relucía con un brillo tentador.

Mirándolo bien, no había compromiso, porque sólo se trataba de que la carta estuviese una hora, ó menos, fuera de su buzón vegetal.

Y en una hora podía ganarse ocho duros.

Su vacilación sólo duró algunos segundos.

—Acepto,—dijo, guardándose la moneda.

—¿Cómo vamos á arreglarnos cuando tengas algo que entregarme?

—De una manera muy sencilla: he observado que la señorita coloca las cartas al anochecer; conviene que nos citemos todos los días á esa hora en un sitio próximo á casa de mis amos para que pueda yo salir y volver en el más breve espacio de tiempo posible, después que usted haya leído la misiva.

—Bien está; entonces te espero todas las tardes, á las ocho, que es la hora del crepúsculo, en la esquina que forman las calles del León y del Prado: me parece sitio á propósito, por estar cerca de la de Cantarranas, que es donde habitan tus señores.

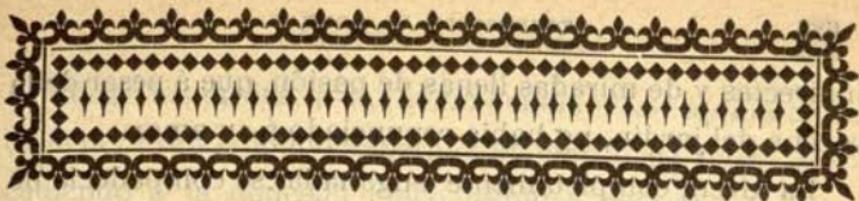
—Mucha molestia es para usted.

—El que algo quiere, algo le cuesta.

—No prolongue su espera arriba de diez minutos.

—Corriente; quedamos en eso... vuelvo á decirte que estés tranquila, puesto que no he de proporcionarte ningún compromiso; la carta volverá á tu poder lo mismo que me la entregues, con solo la variación del sobre.

La doncella y el marqués se separaron, creyendo los dos que acababan de hacer un buen negocio.



CAPITULO LXVII

Conviene andar pronto el mal camino

ROMÁN estaba inquieto.

De todo lo expuesto por Filomena, deducía que se trataba de relaciones formales, obstáculo tal vez insuperable para la realización de sus planes.

Nada podía hacer hasta que la primera carta que recibiese le diera alguna luz sobre el caso.

Era preciso esperar, aunque su impaciencia sufriese por ello.

Continuaba visitando al banquero y á Sofia en su casa lo mismo que antes, observando igual conducta con ambos.

Sólo que á la segunda le daba á entender, por medio de

indirectas y de miradas llenas de pasión, que á pesar de la escena del jardín, no había renunciado á su amor.

La joven, completamente engañada, se compadecía de él, creyendo que su cariño era verdadero y que no entraba en su ánimo el cálculo para nada.

—¡Cuánto debe sufrir!—se decía interiormente.—¡Debe ser horrible la situación en que pone al alma un amor desdenado!... ¡pobre marqués!... pero yo no tengo la culpa de que se haya prendado de mí y de no poder corresponderle!... ¡bien sabe Dios que lo deploro!... ¡si eso pudiera ser!... porque Román debe hacer un buen esposo, y su título de nobleza llenaría las aspiraciones de mi padre...

La pobre joven, al pensar así, ignoraba que el amor no entraba para nada en los planes de aquel hombre á quien compadecía, ni que tomaba el matrimonio como una jugada de Bolsa.

¿Qué le importaba que Sofia, siendo ya suya con su cuantioso dote, amase á otro?

Se lo hubiera permitido, con tal de que no le pusieran en ridículo.

Su amor al dinero le llevaba hasta la infamia; creía que puede sacrificarse una honra por algunos millones.

En este concepto, le era licito transigir con todo; hasta con aquello que el hombre tiene por más bochornoso.

Habían pasado cinco días desde su conversación en el café con Filomena.

Todas las tardes, á las ocho acudía á la esquina de la calle del Prado, donde esperaba un cuarto de hora, concediendo á la doncella cinco minutos más de lo convenido.

Cuando partía de allí sin verla, iba desesperado, creyendo que ambos amantes se comunicaban de otro modo, como si estuvieran en antecedentes de que su correspondencia sería violada.

Por fin, una tarde vió que Filomena doblaba una esquina de la calle de Cantarranas, dirigiéndose hacia donde él la esperaba.

La satisfacción era igual á la que hubiera sufrido si aquella carta amorosa le fuese dirigida por la mujer á quien amaba, dado caso que hubiera sido capaz de este sentimiento.

Iba á saber á qué atenerse, pues aunque la carta estuviese muy concisa, le daría alguna luz respecto al grado de aquellas relaciones, práctico como era en las lides de amor.

Cuando ambos estuvieron al habla, le dijo la doncella:

—Ya ve usted que no me descuido; hasta hoy no ha habido carta; la señorita acaba de depositarla.

—¿Pero la traes?—preguntó Román con impaciencia.

—Pues, si no, ¿á qué vendría ahora aquí?

Esto al mismo tiempo envolvía una advertencia que el marqués debió comprender, porque echándose mano al

bolsillo del chaleco, la dió una moneda de cuatro duros.

Filomena entregó la carta con la mano derecha, recogiendo el dinero con la izquierda.

Román rompió el sobre con mano febril.

Aun había bastante luz para que pudiese leer.

La misiva no contenía nada de particular, por más que su autora se la concediera; porque los enamorados todo lo convierten en sustancia, lo mismo lo que leen que lo que escriben.

Quejábbase Sofía de no haber visto á su amante en ocho días, aunque le disculpaba, conociendo que le robarían el tiempo que debía dedicar ál amor sus estudios para tomar el grado de doctor.

¿Doctor en qué?

Le felicitaba de antemano, llena de inmensa satisfacción.

No dudaba que su talento y laboriosidad le proporcionaran los medios de adquirir una fortuna, llegando el anhelado día en que se presentase á su padre á pedir su mano, obteniéndola de éste, por más de que mucho antes se vería ella en *un terrible compromiso*.

Esto era lo principal, y estaba envuelto en una colección de frases tiernas que destilaban la quinta esencia de una pasión amorosa.

Por último se despedía, rogándole que la contestase lo más pronto posible, pues cada carta que recibía de él era un bálsamo para su amante corazón.

Román volvió á meter la carta en otro sobre y se la entregó á Filomena, diciéndola:

—Ahora me hace falta la contestación de él.

—Eso es más difícil,—contestó la doncella,—porque no sé cuando la depositará en el árbol la persona de quien ellos se fian.

—¿Tienes más que registrar el tronco todos los días, y á distintas horas?

—No crea usted que eso se hace fácilmente; pudieran sospechar de mí y sorprenderme.

—Arréglate como puedas, con tal de que contentes mi deseo; sobre todo, no olvides que la contestación de él te valdrá igual cantidad.

Con estas palabras despidió á Filomena; él se bajó hacia el Prado para reflexionar en calma sobre lo que había leído.

Aquella carta le decía con claridad que no se trataba de un galanteo sino de relaciones amorosas largo tiempo sostenidas, en las que predominaba la firmeza y la mútua correspondencia, puesto que no había quejas de uno á otro.

En cuyo caso, aquellos lazos eran difíciles de romper.

El estaba dando el último paso en su carrera que no se mencionaba, contando con ella para vivir, lo que signifi-

caba que era pobre, puesto que no se atrevía á pedir la mano del objeto de su amor, temiendo que el banquero le echase con cajas destempladas.

Por este lado Román jugaba con ventaja, pues contaba con la aquiescencia de aquél, por más que aun faltase lo principal después del *si* de Sofía.

No se había hablado ni una palabra de intereses, y esto pudiera ser un formidable obstáculo.

Pero en aquella carta habia un punto oscuro.

El terrible compromiso en que se veía la joven antes de que el amante tuviese tiempo de pedir su mano.

¿Qué significaba esto? ¿Qué compromiso tan terrible era el que la obligaba á temblar á su solo recuerdo?

Entre dos amantes no puede haber más que uno, pero formidable.

Cuando ella ha perdido la honra, y conserve señales evidentes de esa desgracia.

Pero Román no admitía el caso, tratándose de una joven como Sofía.

En primer lugar, la carta y el relato de Filomena evidenciaban que no tenían más medio que aquél para comunicarse.

Podían verse como se veían en teatros y en paseos, pero siempre de lejos, y á hurtadillas.

Había la seguridad de que no se hablaban.

Cuando el padre no acompañaba á la hija iba al cuidado de su ama de llaves, mujer respetable, que parecía des-

conocer las mañas de una dueña, como nos las presentan las comedias de capa y espada.

El banquero la toleraba muy pocas amigas, y escogidas.

De modo que aunque el amor hubiera colocado á ambos en situación de prevaricar, les habría faltado la ocasión.

No había que pensar en ello.

Además á Román le repugnaba representarse á una muchacha como Sofía faltando á los más sagrados deberes.

Porque no todo se compone y arregla con un matrimonio impuesto por las circunstancias.

Y eso que él mismo había hecho caer á algunas hijas de familia.

De todo esto resultaba una situación mucho más seria de lo que él había creído.

Era necesario andarse con piés de plomo en el asunto y al mismo tiempo no descuidarse.

Estaba jugando su porvenir, y esto merecía algún cuidado.

Como auxiliares tenía su talento práctico de las cosas del mundo y su poca aprensión.

Con estos dos camaradas se va muy lejos, y el joven se proponía ir lo más distante que le fuese posible.

Era llegado el momento de obrar.

Pero á fin de hacerlo con energía y como él acostum-

braba, era necesario que contase en absoluto con el banquero.

Hasta entonces no contaba más que á medias.

Por más que su amigo Carracedo le había asegurado que aquél prescindiría de la fortuna personal de su yerno, no lo sabía de un modo positivo.

¿A qué embarcarse, si no tenía la seguridad de llegar al puerto?

Resuelto á todo, se presentó en casa de Pimentel una mañana.

—Y bien, ¿qué tenemos, señor marqués?—le preguntó el banquero.

Cualquier título le llenaba la boca de agua, como les sucede á los muchachos cuando contemplan el escaparate de una confitería.

—Tengo alguna cosa que decirle, y que usted ignora.—contestó Román.

—¿A propósito de qué?

—De Sofia... y esto se relaciona con la escena que ambos tuvimos hace un mes en el jardín.

—Me parece que usted me dijo que no había dado una contestación categórica á sus pretensiones amorosas.

—Así es... y si lo extrañé entonces, ahora me lo explico. Sofia está en relaciones de amor con un hombre.

—¡Sin saberlo yo! ¡Eso es imposible!—contestó el banquero.

—A usted le parece así, y lo duda, porque cree ejercer sobre ella una saludable vigilancia; pero no por eso es menos cierto lo que le digo.

Por lo mismo que idolatro á su hija; y en vista de sus incalificables evasivas, he tomado mis informes.

—¡Que es lo que yo debería haber hecho!

—Usted no creyó nunca que su vigilancia fuese burlada.

—¡Oh!... ¡nunca!

—Pues bien, lo repito, Sofía ama á un hombre; se cartean; esto me prueba que no han tenido ocasión de hablarse.

—¡Ah!... respiro... se trata de un devaneo; nunca debe confundirse con el verdadero amor.

—¿Un devaneo?

—Usted cree que no se han hablado.

—Pero pudiera suceder...

Román no quiso acabar de exponer su pensamiento.

No le tenía cuenta que el banquero creyese que las relaciones de su hija eran formales, porque ante aquel obstáculo le hubiera chocado su insistencia.

Mucho más cuando tenía que hablar de dinero.

Así es que se apresuró á añadir:

—En efecto; todo hace creer que se trata de un fuego fatuo...

—Que yo extinguiré por completo con mi autoridad de padre.

—No; no conviene emplear el rigor... sino que usted no se dé por entendido; eso más bien es cosa mía. Yo arreglaré mi conducta de modo que la joven, poniendo en parangón mi cariño verdadero con el de ese muchacho, escoja, y lo haga en mi favor.

—¡Si viera usted lo que me desazona!...

—Por supuesto, siempre con la idea de que yo cuente en absoluto con el apoyo de usted.

—¿Aun duda, después de lo que le he dicho antes de ahora?

—Es que aun tenemos que hablar de una cosa importante, que pudiera torcer el curso del asunto.

—¡No comprendo, amigo mio!

—Me explicaré; á mi me gusta proceder con nobleza en todas las ocasiones por que atravieso, y en ésta que es importante, no puedo prescindir de hacerlo.

Devuelvo á usted la palabra que me ha dado, hasta que oiga lo que tengo que decirle, pues no me gusta aprovecharme de las ventajas que se me dan tan generosamente.

Hablemos de intereses.

—¡Oh!...

Y el banquero hizo un gesto de disgusto, manifestando que aquello era una cuestión secundaria.

Román prosiguió como si nada hubiera advertido:

—La fortuna que heredé de mi madre está hoy harto resentida, y á pique de desaparecer.

Huérfano en edad temprana, me dejé arrastrar por los placeres fáciles que el mundo brinda al que tiene dinero y carece de experiencia.

Me retiré á tiempo de las locuras que hacen todos los jóvenes en mi caso.

Ya ve usted que no me santifico...

—Pero marqués... ¿cuando yo no pido explicaciones!...

—Por lo mismo debo darlas; mi carácter y la buena amistad que nos une, no me permiten otra cosa.

Retirado, como digo, de la vida que hace en la corte la juventud dorada, empleé los restos de mi fortuna en especulaciones que yo creí ventajosas.

Pero mi poca suerte por un lado, y por otra la mala fe de las personas de quien tuve que valerme para dar giro al dinero, me han reducido á una situación que me aconseja la más estrecha economía en mis gastos.

Estas mismas razones que ahora expongo con lealtad han debido sellar mis labios; pero sobre todas ellas está el profundo cariño que me ha inspirado Sofia; por eso...

Durante este hábil razonamiento, el banquero, que veía en el proceder de su interlocutor rebosar la buena fe, daba señales de impaciencia, como queriendo cortar una explicación que le molestaba, aún cuando la creía hija de una lealtad á toda prueba.

Por lo mismo se apresuró á replicar, en cuanto tuvo ocasión:

—Basta, amigo mio; no hablemos más de un asunto que creo enojoso...

—¿Cómo enojoso?

—Mi hija llevará un buen dote; yo nunca he pensado en casarla con quien posea una fortuna igual á la suya, sino con un hombre que la dé estimación y tenga la inteligencia suficiente para administrar sus intereses.

Usted reúne ambas cualidades, y creo que mi elección está bien hecha.

Así pues, no volvamos á insistir sobre una cosa que me disgusta.

Ahora lo principal es que usted destruya, pues lo creo hábil para ello, ese capricho amoroso de Sofía, que no me atrevo á calificarle de otro modo, y cuando cuente con su cariño, entrará usted á formar parte de mi familia.

Ya verá usted; unidos los dos, hemos de realizar buenos negocios, caminando de acuerdo mi buena suerte con su inteligencia.

Procuremos, pues, que eso se realice cuanto antes.

Media hora después de tan importante entrevista, que aseguraba el porvenir de Román á costa de la tranquilidad de la pobre Sofía, abandonaba el despacho del banquero frotándose las manos con satisfacción.



CAPITULO LXVIII

La crisálida de un abogado en el capullo de un organista

JULIO Mendizábal era lo que se llama un buen muchacho.

Procedía de un pueblo sin importancia de la provincia de Burgos, cuyo nombre no hace al caso.

Su familia, compuesta de su padre y de un hermano mayor llamado Rafael, era humilde, y no muy bien acomodada.

Su padre desempeñó algunos años la plaza de secretario del ayuntamiento.

Julio quedó huérfano á la edad de ocho años, sin más patrimonio que el que pudiera proporcionarse cuando el hombre llega á la edad de tener que trabajar para no morir de hambre.

Entretanto era preciso comer; porque la naturaleza impone esta necesidad antes de dar á la criatura los medios para satisfacerla.

Afortunadamente contaba con un tío, hermano de su madre, que le recogió en su casa, después de mandar á Madrid á su sobrino Rafael al servicio de un magistrado que le utilizaba como secretario particular, permitiéndole seguir la carrera de derecho.

—Bien sabe Dios que su pariente hizo un sacrificio digno de que sus sobrinos le agradeciesen eternamente, porque su plaza de organista apenas le daba lo preciso para mantenerse él y una hermana con quien vivía.

Pero don Epifanio era hombre de buenos sentimientos, y no podía consentir que sus sobrinos ayunasen antes de que les obligase la edad, mientras él tuviera una hogaza.

Aunque artista de corazón no tuvo tiempo jamás en sus cincuenta años para hacerse ilusiones, y sabía que tanto como el cuerpo, la inteligencia necesita alimento cotidiano, porque la suerte futura del hombre no ha de hacerlo todo, y es necesario ayudarla.

Su sobrino Julio, sabía escribir y cantar regularmente; pero esto no era bastante cuando se trata de hacer de un individuo algo más que un memorialista.

El no podía dar á su sobrino una gran cantidad de ciencia.

Se limitó á que recibiese algunas lecciones de latinidad

del cura-párroco del pueblo, mientras él le daba á conocer el pentágrama, el solfeo, el teclado, y el modo de manejar los registros del órgano, en el que don Epifanio hacía maravillas, pues en las grandes solemnidades de la iglesia acudía la gente aficionada de los pueblos comarcanos para oírle tocar.

—No tengo otra cosa que dejarte que mi plaza de organista,—le decía,—con ella he comido treinta años; aplícate y te sucederá lo mismo: además, hay su parte de gloria y de religión en todo esto; el rey David tocaba el arpa, y otros muchos ilustres personajes bíblicos no desdeñaban el salterio y la trompeta para ensalzar á Dios en sus obras.

Puedo asegurarte que ejecutando los *Salmos*, de Marcello; el *Miserere*, de Allegri; y las *Visperas*, de Pórpora y de Pergalesso, he podido prestar á tu padre algunos reales que no le daba la secretaria del ayuntamiento.

—Quién sabe si esto que hago por ti para que no te falte mañana el pan de cada día, te dará una fortuna, si tu hermano hace carrera y acude en tu ayuda como es natural.

Julio aprovechaba las lecciones de su tío.

Pero no había nacido para la música.

Conocía que su porvenir no estaba en el órgano, ni en las combinaciones de la armonía y del contrapunto.

Prefería otra clase de estudios.

Estaba enamorado de la oratoria, y las composiciones de los grandes maestros le conmovían menos que una oración ciceroniana.

Amaba el foro y le gustaba el litigio, donde la razón se impone con poderosos argumentos.

Habíase proporcionado algunos libros de Derecho, que devoraba por la noche cuando el organista dormía, soñando con vísperas y completas.

La misión del abogado le parecía eminentemente superior á la del músico, y encontraba más glorioso arrancar á un hombre de las garras del verdugo que componer un *Stabat mater* ó un *Pangelingua*.

Esto se lo reservaba para sí, porque don Epifanio le hubiera llamado blasfemo á conocer opiniones tan opuestas á la clave de *do* en cuarta.

Y sucedía á menudo que al ejecutar una misa en el órgano se acordase más de las cartas que Marco Tulio escribía á su querida Terencia, que de lo que tenía delante.

Así llegó á la edad de quince años, envidiando los laureos de Demóstenes, y sin acordarse para nada de las glorias de Palestina.

En esta época se decidió su porvenir, merced á un acontecimiento puramente natural que, aun cuando esperado, causó una dolorosa sorpresa.

Hacia cerca de dos años que don Epifanio no se sostenía bien en la banqueta del órgano.

Sus dedos estaban torpes y recorrían con trabajo el amarillento teclado.

Los que le habían admirado por espacio de tanto tiempo, exclamaban con cierto aire de compasión:

—¡Ese pobre don Epifanio, va olvidando lo que sabe!

No era que lo olvidase, sino que no podía ejecutarlo.

Su sobrino tenía que sustituirle con frecuencia.

Estaba delicadillo, y lo peor era que no podía precisar lo que sentía.

Este es mal síntoma para todo aquel que pasa de los cincuenta, después de haber llevado una vida sedentaria.

Los organistas de los pueblos enferman con más facilidad que los que cavan la tierra.

Una mañana tuvo pereza para dejar el lecho.

Al día siguiente el lecho se apoderó de él y ya no le soltó sino en los brazos de la muerte.

Don Epifanio dejó, además de su sobrino, una hermana soltera de unos cuarenta años, tres mil reales en dinero y un archivo de música religiosa de los mejores maestros en el género.

Dejó también una reputación intachable, y su buen recuerdo en aquellos que se habían honrado con su amistad, además de la plaza vacante, que no pudo ser adjudicada á su sobrino por cuestión de edad.

Era muy capaz de desempeñarla, como había demostrado sustituyendo á su tío; sabía tanto como él, pero tenía quince años.

El párroco, arguyendo con su lógica de sacristía, aseguraba, no sabemos por qué, que un organista de tres lustros no hacía buen papel en la iglesia, y era, sin querer acaso, ocasión de escándalo para las devotas jóvenes y casaderas, y aun para las viudas verdes, que miraban con insistencia á la tribuna del órgano siempre que él entonaba el *Gloria in excelsis Deo*.

Esta determinación, muy cuerda sin duda bajo el punto de vista religioso, pero absurda á todas luces, sumió en la miseria á la tía y al sobrino.

La doctrina católica recomienda el ayuno, pero no hasta el extremo de morirse de hambre.

¿Qué culpa tenía el pobre Julio de contar quince años cuando se murió su tío?

No estuvo en su mano el nacer mucho antes, ni en retrasar la muerte de aquél.

Además, ni aun el mismo párroco, por muy ilustrado que fuese, tendría noticia de ningún organista que, llegando á los veinte, no haya pasado por los quince.

Pero esta era una cuestión religiosa que no estaba al alcance de todos, y Julio, en medio de su miseria, hubiera hecho muy mal en disputar sobre el caso con el señor cura, que había estudiado teología y cánones en Salamanca.

—¡Dios mío! ¡Qué va á ser de nosotros!—exclamaba con la mayor angustia la pobre doña Clara, hablando con su sobrino.—¿Cómo vamos á vivir aquí, donde no contamos con ningún recurso?

—No hay que apurarse, tía,—replicaba el joven.—Si nuestro pueblo natal nos rechaza por medio del señor cura que nos bautizó al nacer, encontraremos en otra parte lo que aquí se nos niega con tanta injusticia como falta de caridad: vámonos á Madrid.

—¿A Madrid?

—No han de faltarme allí algunas lecciones de piano de gente menos escrupulosa que no repare en mis quince años, y si en lo que sé, gracias á mi pobre tío, á quien Dios tenga en descanso, con lo cual comeremos... ¿Cree usted que un hombre estudioso y trabajador no puede abrirse camino en la corte, donde sobran los recursos?

Además, Rafael nos ayudará con lo que pueda.

La proposición de Julio era aceptable; y como no había otra que escoger; todas las puertas estaban cerradas, gracias á la caridad evangélica del cura, y el que se ahoga agradece el primer clavo ardiendo que se le presenta á donde asirse.

Y como Dios no abandona al que confía en su misericordia y pone algo de su parte, sucedió que doña Clara tuvo carta de una amiga suya de Madrid que, enterada de su precaria situación, la ofreció una casa tranquila, donde podía desempeñar el cargo de ama de gobierno.

Este era un recurso que mejoraba su posición cuando menos lo esperaba.

Tía y sobrino partieron á la corte, teniendo el disgusto de separarse en ella, pues Julio no podía vivir en casa de doña Clara, puesto que era ajena.

Por la misma razón no podía habitar con su hermano, quién con ayuda de su principal, encontrábase ya á punto de licenciarse.

Fué preciso que se contentara con una pobre habitación que se le proporcionó en la calle de Fuencarral donde vivió tres meses, economizando hasta la gana de comer.

Al fin, obtuvo algunas lecciones de piano con lo cual pudo darse el desahogo de comprarse algunas ropas de vestir en una casa de Préstamos, por aquello de que conforme le ven á uno así le tratan.

Su situación fué mejorando poco á poco, gracias á su juiciosa conducta.

Después de tres años de estancia en Madrid no había entrado en un café, ni mucho menos jugado una partida de carambolas, ni tenía deudas con el zapatero, ni el sastre, ni dejó un solo mes de pagar su modesto pupilaje.

Hasta pudo regalar á su tía un bote de rapé de la Ter-cena, al que era muy aficionada.

Julio tenía una idea fija á la que se lo sacrificaba todo; hasta su propio bienestar.

Matricularse en la Universidad, para seguir la carrera de Leyes, como su hermano.

El día que consiguió matricularse se consideró feliz, y como no tenía tiempo que perder, estudió con aprovechamiento.

La vida del joven era un himno al trabajo, y la pasaba entre las corcheas y el Derecho romano.

Pedia á Eslava y á Bestini que le proporcionasen los medios para estudiar el Fuero Juzgo, y dejaba á Thémis en la Universidad, para buscar á Talía en el teclado de su piano.

Y como iba saliendo adelante con su empresa, no podía olvidar á su tío don Epifanio, que siendo casi niño le proporcionó los medios para que realizase su ideal.

Doña Clara que conocía aquella existencia fustigada por la fiebre del trabajo, estaba loca con su sobrino.

Había permanecido incólume en un sitio peligroso como en Madrid donde tantos jóvenes se pierden, donde tantas esperanzas se marchitan en flor.

Una idea honrada es una armadura, que resiste los insidiosos embates del vicio, como una cota milanesa los golpes de una espada ó de un puñal.

—¡Animo, hijo mío!—le decía acariciándole cuando era niño.—Tú llegarás á donde te propones, puesto que tienes fe para no cejar, y talento para conseguir tus honrados fines.

—¡Si usted supiera cuánto lo deseo!...

—¡Ya me hago cargo!

—Sólo por usted, me duele que con sus años esté sirviendo á personas extrañas, en vez de mandar en su casa.

—¡Bah!... ¿qué importa? Yo me hallo muy bien donde estoy, porque me consideran más que merezco.

—Pero mejor estaría usted á mi lado... ¡ah! si el pobre tío Epifanio levantara la cabeza...

—Estaría orgulloso al ver el buen empleo que has hecho de la educación que te dió. ¡Ah!... ¡pobre hermano mío! No pudo sospechar nunca que dos individuos de su familia tendrían que salir de su pueblo natal para no morir de hambre.

—Afortunadamente entramos en Madrid con buen pié, aunque teniendo que abatir un poco nuestro orgullo.

En fin, si el trabajo mejora la condición de los que se ven abatidos, juro á usted, tía, que por mí no ha de quedar... y no descansaré hasta tener una casa, para que ocupe usted el puesto principal en ella.

Tales eran las ideas con que el honrado joven se entregaba á su impropio trabajo, y todo inducía á creer que el éxito coronaría en breve sus esfuerzos de titán, proporcionándole un puesto para el que le recomendaban sus merecimientos.

El porvenir empezaba á sonreírle.

Estaba ya en el último año de su carrera, y un abogado

que por entonces alcanzaba justa fama en Madrid, le había ofrecido un puesto en su bufete para cuando se licenciase.

De repente surgió uno de esos acontecimientos que ejercen una influencia decisiva en la vida de un hombre.

El destino es muchas veces un enemigo que acecha emboscado.

El mortal más prevenido no puede librarse de sus garras de acero.





CAPITULO LXIX

“Madre, la mi madre, guardas me ponéis...”

Todo ello aconteció de una manera imprevista, y fatalmente lógica.

La persona en cuya casa desempeñaba doña Clara un puesto de confianza, tuvo que emprender un viaje á América, de donde era probable que no regresara en algunos años.

Pero contento de sus servicios, no quiso que se separase de su lado sin dejarla bien colocada.

Al efecto, se la recomendó eficazmente al banquero Pimentel, que necesitaba en su casa una mujer como doña Clara, que ejerciese las funciones de ama de gobierno, y á quien confiar su hija cuando él no pudiese acompañarla.

No vaciló en admitirla en vista de las buenas referencias que le hizo su amigo, y por de pronto no tuvo ocasión de arrepentirse.

La buena señora estaba también muy á gusto en aquella casa, y á poco de tratar á Sofia conoció que la joven, por su educación y por sus dotes especiales, no la pondría nunca en uno de esos compromisos que suelen hacer de una mujer honrada, una dueña del siglo xvii.

Visitando á su tía, tuvo Julio ocasión de ver á la joven por casualidad.

Esta diosa suele intervenir torcidamente en todas las catástrofes.

El corazón del joven abogado estuvo virgen hasta aquel día, de todo sentimiento amoroso, fuera del cariño que profesó siempre á los individuos de su familia.

Había llegado á los veinte años, sin que la mujer despertara su corazón ni su naturaleza.

Esta virginidad, cuando se prolonga demasiado, suele ser terrible para el individuo.

Las pasiones duermen en el alma, lo mismo que la tempestad en los equinoccios.

Cuando más tardan éstos en presentarse en que aquellas acumulan mayor número de fuerzas para romper.

Su estallido es espantoso por las consecuencias que arrastra, por las catástrofes que consume.

Lo mismo pasa en el hombre.

El amor es un idilio, á los quince años; á los veinte, una tempestad de los trópicos.

Julio no tuvo necesidad de ver más que una vez á Sofia, y de paso, para comprender que no podría vivir sin ella.

Se había enamorado de pronto, como hiere el rayo, sin que hasta entonces se diera cuenta de lo que era el amor.

¿Es que no tuvo tiempo para pensarlo, ó que no había encontrado una mujer que despertase en él ese sentimiento?

Probablemente sucedería lo último.

Ello es que estaba enamorado.

Cuando un hombre se halla en este caso, lo primero que procura es ver á menudo todas las veces que pueda, al objeto de su cariño.

Julio se hizo un asíduo rondador de la calle de Cantarranas.

Paseaba por ella todo el tiempo que le dejaban libre sus lecciones de piano y la Universidad.

Con esto se resintieron un poco sus estudios, pero veía con frecuencia á Sofia en el balcón.

Había observado que la joven se asomaba en las horas en que él tenía costumbre de pasear.

Para ver si esto era casual ó premeditado, observó en horas distintas, teniendo la satisfacción de cerciorarse de que se le esperaba.

Aquello era una cita convenida de una manera tácita, á la que la joven no dejaba de acudir.

Observó más.

Que su presencia, lejos de molestarla, la agradaba.

Había síntomas que parecían hablar en su favor.

Enrojecía al descubrirle en la esquina, y después de decirle por medio de una mirada «ya sé que está usted aquí» procuraba aprovecharse de sus distracciones, fingidas ó no, para examinarle á hurtadillas, como si esto la complaciese.

Al tercer día cambiaron ya un ligero saludo y una sonrisa.

Era indudable, sin que aquello fuera una presunción, que se le correspondía, que había despertado en ella el mismo sentimiento que ella despertara en él.

Pero en medio de su dicha se le ocurrió una idea desconsoladora.

¿Podía entregarse seriamente á aquel amor?

¿Cómo la hija de un acaudalado banquero había de confirmar la dicha de un pobre estudiante, cuyo único capital consistía en ilusiones de color de rosa?

Su padre se opondría tan luego como se enterase, rehusándole los medios de que pudiera echar mano para trastornar aquella cabeza de diez y siete años.

Su misma tía iba á afejar sin duda tan loco proceder.

Hasta entonces nada sospechaba, á pesar de haberle encontrado tres veces en su calle.

—¡Mucho visitas estos barrios!—le dijo en cierta ocasión.

—No lo extrañe usted,—contestó el mozo.—Tengo un

amigo íntimo aquí cerca, y siempre que usted me encuentra voy ó salgo de su casa.

La buena señora admitió de buena fe la disculpa, sin fijarse tampoco en que Sofia la hablaba con frecuencia de su sobrino, informándose minuciosamente de ciertos detalles, y de los medios con que contaba para labrarse una posición.

Una mañana la joven preparó una ocasión, saliendo á la calle cuando Julio pasaba por delante de su casa.

El joven las habló, como era natural, ofreciéndose á acompañarlas al saber que iban á un comercio de la Carrera de San Jerónimo á escoger unos encajes.

Aprovechándose de una distracción de doña Clara, se acercó á ella para decirle:

—Deseo hablar con usted á solas.

A haber dispuesto de tiempo y ocasión, Sofia se hubiera hecho tal vez la remilgada; pero había que aprovechar los momentos.

Así es que se apresuró á contestarle:

—Pase usted esta noche á las nueve por delante de mi casa, y le diré dónde y cuándo.

Estas palabras enloquecieron á Julio.

Equivalían á una cita, y ya sabemos lo que es la primera para los enamorados.

Ante todo era correspondido; de otro modo, Sofia, ó no le hubiera contestado, ó lo hiciera para quitarle toda esperanza.

Aquella noche, á las nueve, se desprendió de uno de los balcones de la morada del banquero, un papel que decia: «Mañana en las Trinitarias, á las diez.»

Julio no pudo dormir aquella noche.

Para distraerse acudió á sus libros de Derecho...

Por primera vez en su vida los encontró insulsos, fastidiosos, pesados.

Contó las horas, figurándosele que el tiempo detenía adrede su curso para mortificarle.

Se asomó varias veces á la ventana de su sotabanco y estuvo contemplando la luna, encontrándole menos bella que su amada Sofia.

Rendido, por fin, se aproximó á su lecho para descansar, porque el sueño es un lenitivo poderoso cuando la impaciencia le consume á uno.

Pero se apartó con horror, exclamando:

—No, no... puedo dormirme y faltar á la cita; ¡qué diria ella entonces!

Por último, á las diez menos cuarto entraba en el convento de las monjas Trinitarias.

El templo, bastante oscuro de por sí, estaba apenas iluminado por algunos cirios que lucian tristemente en los altares, prestándose á la impiedad de los enamorados, que con tal de verse y hablarse, pasan por alto la ofensa

hecha á Dios, eligiendo su santa casa para sus citas mundanas.

Julio tuvo que acostumbrar sus ojos á aquella semioscuridad para descubrir á su amada, que estaba de hinojos á los piés de una de las columnas, envuelta en la sombra que proyectaba.

No había nadie á su lado; pero era de presumir que no estuviese sola.

Al verle, se puso en pié.

Aquél se acercó.

Era preciso no llamar la atención de las pocas devotas que mascullaban oraciones en el templo; así es, que hablaban como si rezasen.

¿Y qué hablaban?

Un duo de amor, coreado por esos extraños ecos que se perciben en los sitios donde no se hace ruido.

Aquel dulce coloquio se impregnaba del aroma místico del templo, compuesto de la última nube de incienso que deshace sus azuladas espirales en la bóveda, junto á los verdosos vidrios de las ventanas, y del melancólico olor que despide la cera en los altares al calentar las seculares tintas de los lienzos y de las imágenes de talla.

Pero en medio del idealismo de la pasión en aquella primera cita, era necesario hablar algo práctico para el porvenir.

—No podrá repetirse muchas veces esta ocasión,—decía la joven,—pues son muy contadas las que fuera de mi casa no me acompaña doña Clara.

—¿Y hoy?—preguntó Julio.

—Vengo, por casualidad, en compañía de una joven de quien podemos fiarnos, que será la única confidente de nuestros amores, ella ya le conoce á usted por haberle visto en la calle; pero conviene que usted la conozca.

—¿Está aquí?

—Mírela usted sentada en aquel banco.

Julió siguió la dirección que le indicaban.

Frente al sitio que ocupaban los jóvenes, es decir, junto al pilar opuesto, había una pobre muchacha, bastante contrahecha para que pudiera pasar por jorobada.

Vestía humildemente, aunque con mucho aseo.

Sus manos, juntas sobre las rodillas; sus miradas, de melancólica expresión, fijas sobre una imagen de la virgen que habla en un retablo, y su ademán recogido, indicaban que en aquel momento estaba orando.

La pobre lisiada no podía ocupar el tiempo en la iglesia como le ocupaban muchas jóvenes: para ella el templo no era más que sitio de oración.

Sofía prosiguió, dirigiéndose á su amante:

—Magdalena es hija de nuestro jardinero; me tiene un afecto especial, porque yo, en vez de burlarme de su desgracia como los demás, la distingo con el mío, y está dispuesta á hacer por mí todo lo que yo exija de ella.

—Ya me es simpática desde este momento,—repuso Julio.

—No nos hará traición. Lo peor es que no puedo hacer

que me acompañe á menudo... por eso nos hablaremos como ahora, muy difícilmente; pero podemos escribirnos.

—¡No es lo mismo!—dijo el joven suspirando.

—Contentémonos con los medios de que podemos disponer; al efecto, he ideado una cosa.

—¿Cuál?

—Como mis entrevistas con Magdalena siendo frecuentes podían despertar las sospechas de mi padre y de doña Clara, he pensado buscar un agente intermedio entre ella y yo.

—Veamos.

—En mi jardín hay una encina muy vieja cuyo carcomido tronco tiene una cavidad profunda, medio oculta por verdes retoños que brotan en las orillas; esa será la estafeta para nuestras cartas.

—¡Qué ideal!—dijo el joven sonriéndose.

—Usted se las entrega á Magdalena que las depositará en el tronco, recogiendo y entregándole las que yo le escriba; de este modo, yo no tengo que entenderme con la pobre jorobada por más que estemos de acuerdo, ni despertar las sospechas de nadie.

—Me parece ingenioso lo que usted me propone y sobre todo de una gran oportunidad, pues así podemos cartearnos fácilmente. Pero...

—¿Qué?

—Creo que hará usted lo posible para que esta entrevista no sea la última.

—Se lo juro... aun cuando me comprometo á una cosa muy difícil, por no decir imposible.

—Siempre y cuando que usted tenga gusto en ello.

—¡Parece imposible que á usted se le ocurran esas dudas! Pues no las debe tener.

Mucho más tiempo hubieran estado hablando si una muda indicación de la jorobada no les advirtiese que el coloquio iba siendo demasiado largo, y que pudiera dar origen á sospechas.

Para primera cita, era bastante.

Sin embargo, ellos al separarse no lo creían así.

Es original lo que pasa con los enamorados.

A veces tres ó cuatro horas se les parecen un minuto, y á veces también un minuto tiene para ellos la duración de un siglo.

Fué preciso separarse lo cual hicieron, no sin volver una y otro la cabeza más de veinte veces en el corto trayecto que distaba del convento la casa en que vivía el banquero.

Desde aquel día Julio se entendió con Magdalena, la cual, sin saber el daño que iba á causar, era una fiel confidenta de sus amores.

Tres veces por semana recogía las cartas que su señorita depositaba en la encina para su amante, y dejando en el hueco vacío, las que éste escribía para aquélla.

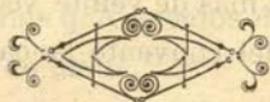
Y no era mucho tres cartas en siete días.

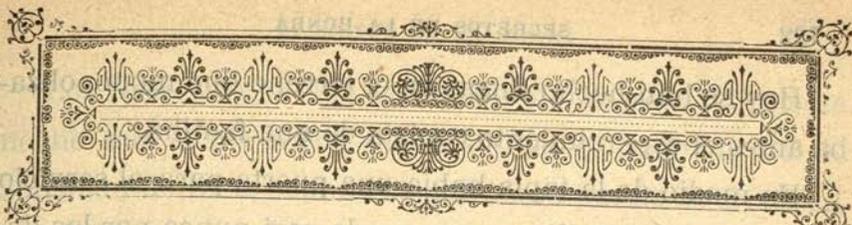
Porque las relaciones amorosas de la humanidad sostienen las fábricas de papel mejor que las relaciones comerciales, y que los autores dramáticos, y que los que nos dedicamos á escribir novelas.

Esto duró seis meses sin que se despertaran las sospechas de las personas interesadas en cortar aquel cariño, que había entrado ya en la categoría de una verdadera pasión.

En aquel espacio de tiempo las entrevistas de los dos amantes en la iglesia no pasaron de cuatro, lo cual debía servir para enardecerles más, puesto que se veían diariamente, sin que pudieran hablarse.

El amor crece con los obstáculos, y la idea de que era muy difícil que la voluntad del banquero se prestase á sus deseos, aumentaba el de los jóvenes.





CAPITULO LXX

Días tristes que puede originar una noche serena

Pa casa habitada por el banquero Pimentel estaba situada, según hemos dicho, en la calle de Lope de Vega, entonces de Cantarranas, en la misma acera del convento de las Trinitarias, pero con vuelta á la Costanilla.

Hacia esta parte daba un jardín extenso de grandes árboles de sombra, muy frondoso todo él por lo antiguo.

La tapia se corría hasta la calle de las Huertas, donde concluía, de modo que dicho jardín estaba encerrado entre las casas adyacentes, cosa muy común en aquel barrio, que ha desaparecido ya, gracias á las construcciones modernas.

Hoy se han hecho fincas en el terreno que monopolizaba antes el esparcimiento egoísta de una familia.

En medio de la tapia había una puerta para el servicio del jardín y del jardinero, no usada casi nunca por los demás individuos de la casa.

Frente á la fachada interior, se alzaban tres habitaciones, ocupadas por Magdalena y su padre, un sotechado en el que éste guardaba en el invierno para preservarlas del frío, algunas macetas con plantas delicadas, y las herramientas de la profesión.

Era una especie de estufa, cerrada con vidrieras y cubierta de teja, de bastante amplitud para que la jorobada hubiese establecido en ella su gabinete de trabajo durante los meses en que se agradece el calor que prestan los rayos del sol.

Corría el mes de Abril en su último tercio.

El tiempo estaba templado y suave, porque entonces la primavera se hermanaba con el calendario, y no había dado lugar con sus ventarrones de invierno y sus frías lloviznas, á que Alejandro Dumas dijese que una de las repeticiones usurpadas es la del mes de Mayo.

El cielo estaba despejado, la atmósfera pura, y la brisa un tanto fresca, columpiaba en sus tallos á las flores, que desde el crepúsculo habían cerrado púdicamente sus cállices, moviendo las ramas de los añosos árboles.

Los relojes de la villa acababan de marcar la media noche; aun se oía el eco de la última campanada del de San Juan de Dios, cuando se abrió una puerta de cristales, que daba sobre una escalinata de piedra, en casa del banquero, por la parte del jardín, apareciendo una mujer envuelta en un abrigo de lana, á cuadros encarnados y negros, ribeteado de piel de Marta.

• Era Sofia.

Con paso breve y un tanto precipitado, descendió por la escalinata, internándose en una de las calles del jardín, con dirección á la estufa de que hemos hecho mérito.

Al mismo tiempo salía á su encuentro Magdalena.

El ademán de ambas jóvenes era receloso, y afectaba cierto misterio, como si temiesen ser sorprendidas por alguno.

La precaución holgaba; porque el jardín, envuelto en la sombra, aparecía solitario y mudo.

Cuando se encontraron ambas, preguntó Sofia en voz baja:

—¿Ha venido?

—Ahí está,—contestó la jorobada, señalando á la estufa.

—¿Y tu padre?

—Se acostó á las nueve; nada ha podido oír aunque velase, porque la puerta está distante, y la he preparado hoy para que no rechine.

—¿Estarás al acecho?

—Pueden ustedes hablar con toda tranquilidad.

Sofía avanzó hacia la estufa, cuyos cristales estaban levantados á causa de la bondad del tiempo, mientras la jorobada se apostaba al final de la calle recta, desde donde se descubría la fachada del edificio.

Julio esperaba á la primera.

Los dos jóvenes se dieron un tierno abrazo.

Era la segunda vez que se veían á solas, gracias á los buenos servicios de Magdalena, que se había prestado gustosa á completar la audacia de su señorita.

¿Qué se dijeron?

El lector lo presumirá sin duda.

Después del primer momento, empleado en saborear su dicha, que la tenían por imposible, empezaron á conjugar el verbo amar en todos los tiempos del presente indicativo.

No hay amante que haga otra cosa, aun cuando esté un día entero junto al objeto de su amor.

En esto la moda no ha variado lo más mínimo.

Seguimos la misma pauta que siguieron nuestros abuelos cuando eran jóvenes, tomándola á su vez de los suyos.

Sólo que ahora se camina más deprisa; porque como la vida es más corta, los amantes quieren aprovechar el tiempo.

Sofía y Julio formaban los proyectos más risueños para el porvenir.

A su juicio era imposible que el padre de la primera

llegase á tomar en drama aquel idilio que parecía calcado en los de la antigua Arcadia.

—¿Por qué oponerse á la realización de un amor tan puro?

Sobre todo, ambos estaban resueltos á practicar aquello de *contigo pan y cebolla*.

La desigualdad de condiciones entre dos personas que se aman, debe haber inventado esta frase.

Cuando la pronuncian dos novios, ignoran que una vez unidos el pan se endurece y la cebolla se pone amarga.

—Yo me abriré camino,—decía Julio, lleno de pasión.—Por tí lo intentaré todo, y tu padre verá que no puedes haber escogido un esposo más tierno ni más amante.

—¡Oh! ¡mi padre!...—exclamaba ella.—Nunca ha contrariado mi voluntad, y no había de hacerlo la primera vez para causar la eterna desgracia de su hija única.

—¿Eso crees?

—Sí, Julio; nada tenemos que recelar de un padre amante y cariñoso; le estamos ofendiendo al suponer que llegue un día á convertirse en tirano.

—¿Qué importa que carezcas de dinero? Yo le tengo por tí... además, tú alcanzarás una alta posición en tu carrera... mi padre mismo te hará subir, por medio de sus muchas y buenas relaciones, cuando seas su hijo... Repito que no tenemos nada que temer, y que el opinar de otro modo es injuriarle.

Todos los jóvenes emplean este lenguaje y son partida-

rios de teorías tan democráticas y hasta evangélicas, cuando se aman.

Pero en el momento en que llegan á tener hijas casaderas, cambian radicalmente de opinión, y llaman absurdas las doctrinas de que antes eran fervientes y decididos apóstoles.

En suma, lo que llamaron tiranía paternal, llega á degenerar en sagrado deber, por aquello de que las cosas tienen el color del cristal con que se miran.

La luz de la aurora y la voz de Magdalena anunciaron á los dos amantes que la entrevista debía terminar. Y—

Cuando Romeo abandonó á Julieta, no tan solamente había cantado la alondra, sino que empezaban á oirse las sonoras campanillas de las burras de leche.

Aquellas entrevistas fueron contadas, porque había obstáculos materiales para que menudeasen, obstáculos que hubieran llegado á comprometer á los jóvenes y á la complaciente jorobada.

Durante el verano que se echó encima, el banquero prolongaba sus veladas en el jardín hasta hora muy avanzada, con alguno ó algunos amigos de su intimidad, que tenían tiempo para dormir de día.

El padre de Magdalena madrugaba mucho para cuidar las plantas.

De modo que la mayor parte de las noches coincidía la retirada de Pimentel con la aparición de su jardinero.

Esto fué lo que estorbó la repetición de los coloquios amorosos.

Sin embargo, antes de que sucediere así, hubo uno fatal; el último.

Entre los enamorados se establece pronto la confianza, en grado tal, que llega hasta el abandono.

Esto es causa de que haya cierta irresponsabilidad en sus actos, que suelen arrastrar funestas consecuencias.

Llegó una de esas noches caliginosas, noches que predisponen á las faltas del amor.

A veces la naturaleza con su soplo traidor inspira y ayuda, como si hubiese premeditación y alevosía en sus efluvios.

El calor era sofocante.

Brillaban los astros en el espacio, derramando su dulce claridad sideral, que es á la luz radiante lo que el crepúsculo á la noche.

La brisa murmuraba entre el poblado ramaje de los árboles, llevando entre sus invisibles alas el último perfume de las flores al cerrar sus capullos.

La fuente corría cadenciosa en su ancha taza de mármol, y de los canjilones de la noria, que había funcionado aquella tarde, se desprendían algunas gotas que al caer sobre el agua del pozo, producían un rumor melancólico.

Magdalena, acurrucada al pié de un árbol, velaba para

evitar una sorpresa, y los dos jóvenes ocupaban el interior de la estufa, sujetos á la influencia de aquella noche de trópico.

Estaban silenciosos, aun cuando tenían mucho que decirse después de haberse dicho tanto, y parecían oprimidos bajo el peso de tanta dicha, sentida y no explicada.

Alguien, oculto en el infinito, los acechaba.

La fatalidad.

Para ello los había dejado solos, aislados, cubriéndolos traidoramente con el manto lúbrico de una naturaleza lujuriosa en medio de su inocencia.

Era la hora paradisiaca en la que Eva y Adán, arrullados por el silbido que la serpiente hacía cadencioso, infringían el precepto divino, devorando la fruta prohibida.

Aquel silencio, que el deseo hacía peligroso, era frecuentemente roto por el dulce estallido de un beso, rumor que recogía la brisa para repetirse á las flores que columpiaba, y á la fuente, donde humedecía sus alas.

Se oyeron suspiros ahogados...

Una nube se interpuso entre la tierra y la luna, envolviendo á la diosa de la noche en un blanco pabellón de gasa.

Después...

Sonía sollozaba, diciendo como Eva en el dintel del Paraíso, cuando hubo oído la maldición de Dios:

—¡Qué hemos hecho!

Dos meses más tarde se convenció de que iba á ser madre antes de ser esposa.

Este era el *terrible compromiso* de que hablaba la carta sorprendida por Román en el tronco de la encina.

Sofía entraba en ese periodo lleno de zozobras, en que entra una joven cuando pierde la inocencia.

Nunca se la ocurrió, como á otras mujeres en su caso, destruir por medios criminales la prenda de su amor.

Además de ser esto un delito, es una impiedad, casi un sacrilegio.

Pensaba con terror en el plazo que había de patentizar su falta á personas extrañas.

Cada vez que se presentaba ante su padre, sus ojos se humedecían.

Le veía amante, cariñoso, confiado...

Todo aquello iba á desaparecer en la fecha improrrogable que la naturaleza concede á la maternidad.

El cariño podía convertirse en odio, la confianza en suspicacia.

Nada más terrible que un padre que tiene para su hija miradas austeras y de recriminación, palabras duras, de doble sentido, cuando hay delante personas extrañas.

Nada más afflictivo que ponerle en el caso de que tenga que pronunciar la palabra «perdón.»

Ya hemos dicho que desde aquella noche fatal, no volvieron á verse á solas; pero seguían escribiéndose.

Sofía consultaba á su amante.

Este estaba decidido á presentarse al banquero, revelándole toda la verdad, haciéndose reo, y ofreciéndose á reparar el mal que había hecho.

Pero esta franca y enérgica resolución era aplazada siempre por la joven, que aun confiando mucho en el cariño y en la bondad paternal, temblaba que llegase el momento en que el autor de sus días supiese que le había hecho traición.

Sin embargo, el tiempo avanzaba, y era preciso adoptar un partido extremo.

La falta no podía permanecer oculta eternamente, ni se podía borrar sin que el banquero se apercibiese de que había sido engañado por quien más debía evitarlo.

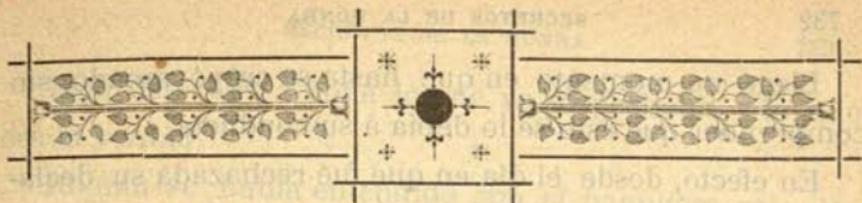
El tiempo no detiene su carrera por complacer nuestros caprichos; la naturaleza no hace caso de las lágrimas ni de los suspiros de las jóvenes que prevarican.

¡Ay!...

El llanto es una ley á la que vive sujeta toda la humanidad, al contrario de la alegría, que sólo debe considerarse como una errata del dolor.

Y no obstante, el que llora pierde el tiempo que debía emplear en remediar las consecuencias de un error.





CAPITULO LXXI

Jugar con cartas vistas

Esto era lo que ignoraba Román, por más que suponía que se trataba de una falta grave.

Pero ya hemos dicho que pensándolo bien no daba en ello, rechazando la idea de que la joven se hubiese deshonrado.

En medio de todo, estaba contento desde su última entrevista con el banquero.

Pimentel le admitía con su título nobiliario, pasando por alto el estado financiero de su extinguida fortuna.

¿Qué más podía desear?

La autoridad paternal se había puesto de su parte; con ella vencería, sin que le importase gran cosa la resistencia de la joven.

Llegó un momento en que hasta se creyó amado, sin comprender que esto se lo debía á su conducta.

En efecto, desde el día en que fué rechazada su declaración, no volvió á hablar de amor con Sofía, tratándola con el mismo cariñoso respeto que antes.

La joven se lo agradecía, creyendo que Román, haciéndose cargo de que su repulsa hallábase legitimamente motivada, habría puesto en olvido aquel amor.

En su consecuencia, seguía distinguiéndole con su amistad, y aun hallaba placer en ella, porque el marqués era un hombre instruido, y muy capaz de fijar la atención de las muchachas.

Pero no tardó en convencerse la joven de que le había hecho mucho favor al juzgarle de aquel modo.

El banquero, aunque había prometido á Román no mezclarse ni intervenir para nada en el amoroso asunto, no cumplió del todo su palabra.

Siempre que llegaba la ocasión se deshacía en elogios del marqués, recomendándosele á su hija, y concluyendo siempre por asegurar que era el yerno que se había imaginado.

Al mismo tiempo tiraba alguna indirecta sobre las muchachas que descuidan su porvenir, entreteniendo el tiempo en necios devaneos que no sirven más que para alejar una buena ocasión de casarse.

Esto demostró á Sofia lo que ya sospechaba, y lo que era la verdad.

Román se había entendido con el banquero respecto de ella.

Román conocía ó adivinaba sus relaciones amorosas con Julio.

Pero si las conocía era superficialmente, puesto que el banquero sólo había hablado de devaneos, y no de una verdadera pasión.

Era preciso apurar la verdad, para saber á qué atenerse.

En una de aquellas ocasiones, dijo á su padre:

—Según deduzco del lenguaje que está usted empleando en este momento, Román ha debido hablar de mí.

—Más de una vez,—contestó el banquero.

—¿En qué sentido, en el de la amistad ó en el del amor?

—En el del amor; me ha dicho que se había explicado contigo como un hombre serio que pretende á una muchacha para casarse con ella; tú dirás si ha mentado, aunque no lo creo.

—No, no; ha dicho la verdad.

—Y añadió que tú le habías dado un repulsa, que no comprendo.

—¿Por qué?

—Porque el marqués es el único partido que te conviene.

—¿El único? ¡Poco favor hace usted á mis adoradores!

—No desprecio á ninguno; pero entre todos el único que me agrada, y á quien yo daría mi voto, es al marqués.

—¿No admite usted que yo sea de opinión contraria, sin que esto sea hacer menos favor al marqués?

—¿En qué te fundas?

—Para mí es cuestión de simpatía.

—¡Bah! Simpatía... ¡palabra hueca!

—No tanto, padre mío.

He dicho que no desprecio al marqués; creo que hace un excelente amigo, y en este concepto no le rehusaré nunca mi amistad... nada más que mi amistad.

—¿Y tu amor no?

—No puedo.

—¿A pesar de que yo le admitiera gustoso como yerno?

—Son cosas estas á las que se resiste el corazón.

—¡Sofía!...

—El empeño que usted manifiesta en que yo le corresponda, me hace presumir que él insiste en el propósito de que yo sea su esposa.

—Pues bien, sí.

—¿Le ha hablado á usted sobre el particular?

—Me ha hablado.

—Según eso ¿no le basta lo que yo le dije?

—¿Pero en qué se apoya tu negativa?

—Creo haberlo dicho; no le conceptúo de mi gusto para esposo, ni llegaría á amarle como tal.

—Comprendo, ó por mejor decir, adivino lo que me

ocultas; acaso distrae tu atención algún devaneo, y esa es la causa que te obliga á desechar los obsequios del marqués.

La joven se estremeció.

Su padre no podía hablar así, á no estar en ciertos antecedentes, por más que no se hubiese enterado de todo lo que pasaba.

Y como había de saberlo alguna vez, se determinó á decirle, como para explorar el campo:

—Y aunque yo amase á otro hombre, ¿qué inconveniente habría en ello, siendo digno de mí?

—Y si era digno,—replicó el banquero,—¿á qué ocul-tármelo? Creo que estas no son más que suposiciones y que tu pregunta no indica la realidad.

Aquí se la presentaba á Sofia una ocasión oportunísima para explicarse con su padre, revelándole, si no su estado excepcional, la verdad de todo lo ocurrido.

Pero no se atrevió.

Tuvo miedo de decirle que amaba á otro hombre, cuando se ocupaba en defender al marqués, recomendándole á su cariño.

Sin embargo, contestó lo siguiente, empleando la ambigüedad:

—En efecto, no se trata de un devaneo.

El banquero no adivinó que podía tratarse de cosa más grave, porque contestó:

—Lo celebro, hija mía; pero entonces no me explico tu

negativa; la encuentro impropio y aun absurda, tratándose de un hombre como el marqués.

—La que he dado á otros no le ha mortificado á usted tanto.

—Ciertamente... y eso consiste en que ninguno me inspiró el interés que Román.

—Y sin embargo, entre ellos habia jóvenes de verdadero mérito, que usted ha visto desechar sin que mi proceder le causase la menor molestia.

—No lo niego.

—Entonces ¿á qué es esa insistencia de usted... y sobre todo de Román?

—Mi repulsa no puede herirle, pues no creo que á todas las mujeres á quienes se haya dirigido, contentasen su amor ó su capricho.

—A usted tampoco puede molestarle, pues por más que diga, hay hombres que reúnen mejores condiciones que él para esposos... y repito que no es mi ánimo rebajar las suyas.

—Todo puede consistir en que sea distinto el prisma bajo el cual le miramos usted y yo.

—Basta, Sofía; no quiero torcer tu voluntad, aunque espero que tu resistencia no será más que una niñería; si deseo que tengas presente que yo apoyo y apoyaré al marqués, y que tendria mucho gusto en que algún día fuese mi hijo político, con preferencia á otro cualquiera.

—Y añadió después, á manera de anzuelo para pescar en el río de la vanidad:

—Siendo su esposa, te llevará un lujoso carruaje con la portezuela blasonada.

La joven no desconocía el afán de su padre, su monomanía por los títulos nobiliarios.

Esto la hizo estremecerse.

Julio no tenía más títulos que los que adquiriese en su carrera, por medio del trabajo.

Son los mejores.

Pero al banquero no le satisfacían.

Daba sus billetes de Banco á cambio de pergaminos.

De aquel diálogo sostenido con su padre sacó la joven una tristísima experiencia.

El marqués no había cejado en sus proyectos amorosos.

Había cambiado de táctica, valiéndose de la influencia del padre sobre la hija.

Extraña tenacidad, porque á ésta no se la ocultaba que el marqués tenía algunos antecedentes, aunque no completos, sobre sus amores.

A fuerza de pensar en ello, después de haber oído á su padre, dió con el verdadero móvil de la insistencia de Román.

Su dote.

Esta idea le causó una impresión penosa.

Distinguía al marqués con su amistad, creyéndole un hombre digno.

Pero si había pensado en los millones antes que en la mujer, ya no lo era.

¿Qué otra cosa significaba aquello que podía llamarse terquedad más que verdadero amor?

Sofía abrigaba la convicción, desde el momento en que dió con tal idea, de que allí se trataba del interés más que del cariño.

Acaso éste no existía.

Era indudable que Román no estaba apasionado, ni enamorado siquiera.

Aun cuando sin el amor no haya esperanza, aun cuando uno esté convencido de que su afecto no ha de ser premiado, siempre hay signos exteriores que lo demuestran, como se adivina una hoguera por el humo que despide.

Palabras de doble sentido, miradas llenas de expresión, suspiros que rebosan fuego...

Este es un lenguaje mudo, pero elocuente, con que se expresa un sentimiento que no puede estar oculto en el corazón, por más esfuerzos que se hagan para disimularle.

En Román no había nada de esto.

Sólo se advertía en él un respeto estudiado, más bien frío que expresivo, con la expresión que aconseja el cálculo.

Era indudable que se trataba de dinero.

Sofía, utilizando sus escasos medios para el caso, averiguó, por fin, que el marqués estaba arruinado.

Con lo cual, y los antecedentes anteriores, no había malicia en presumir que aquel amor era un pretexto, y que la boda se tomaba como un negocio.

La mano de Sofía representaba una colección de títulos de la Deuda, un fardo de [papel negociable en cualquier Bolsa de Europa.

Se la tomaba como una suma para comprar un título de marqués.

—¿De qué me sirve ser bonita?—exclamaba, mirándose en un espejo, porque en el despecho de la mujer hay siempre algo de coquetería.—¿Para qué tengo estos ojos tan rasgados y tan negros, esta cabellera tan exuberante, de la que la luz del sol arranca reflejos de azabache, y estos labios, rojos como el carmín, y esta garganta, y este talle y este pié?

Para que un hombre indigno, que no ha reparado en ello, me cotice en el mercado de su ambición, y remedie conmigo una ó muchas averías de su fortuna.

Nunca lo creí en Román.

Yo le tomaba por un amigo, cuando solo es un mercader, un ambicioso vulgar, que todo lo sacrifica á un puñado de oro.

No se parece en nada á mi Julio.

Para éste, los millones que constituyen mi dote son un obstáculo que le impiden ser feliz.

Quisiera que yo fuese pobre para darme una posición con su trabajo.

Pero Román...

Repito que estaba muy lejos de suponerle capaz de un proceder que le honra tan poco.

Mientras la pobre niña se entregaba á tan tristes y desconsoladoras reflexiones, Román, en la calle del León, recibía una segunda carta que la doncella Filomena, haciendo traición á su ama, habia sorprendido aquella tarde en el tronco de la encina.

Su lectura le causó profundo asombro, á juzgar por la expresión retratada en su semblante, á medida que paseaba sus ojos por las diminutas letras que componian los renglones.

Volvió á leerla hasta tres veces, como queriendo grabar su contenido en la imaginación, ya que no era posible guardársela.

Después la introdujo en otro sobre y se la entregó á la doncella, juntamente con una moneda de oro.

—¿Cuándo ha sido colocada esta carta?—le preguntó, viéndola guardar el dinero en un bolsillo de abalorio.

—Esta tarde, porque por la mañana no habia ningún papel en el hueco del tronco.

—¿De modo, que esta noche quedará en poder de la persona á quien va dirigida?

—Es de suponer... á no ser que la guarden para mañana.

—¿Y tú no has sospechado quién sea el servidor de la casa que se encarga de tales comisiones?

—Confieso que no; lo hacen con tal misterio, que mi curiosidad queda burlada.

Román reflexionó un momento, pasado el cual dijo á la doncella.

—Tu misión queda terminada; ya sé lo que quería saber; es inútil que sorprendas otra nueva carta en el tronco del árbol.

—¡Qué dice usted!—exclamó aquélla, asombrada y pensativa.

—Que por ahora prescindo de tus servicios... acaso más adelante volverás á serme útil, y tornaré á recurrir á ellos, si tú quieres prestármelos.

—¡Sin duda alguna! Siempre que usted los necesite.

—Pues separémonos, antes de que alguien de tu casa te vea hablando conmigo.

—¿Pero queda usted satisfecho de mí?

—¡Ya lo creo! ¡Satisfecho y muy contento! Eres la perla de las doncellas, y no dudo de que harás carrera en tu profesión.

La muchacha se ausentó, después de despedirse, pensando en lo efímeras que son las dichas humanas.

Contaba, ó creía contar, con tres cartas por semana, que pagaderas á peso de oro, le hubieran puesto bien

pronto en el caso de abandonar el servicio y no pensar más que en servirse á sí misma.

En cuanto á Román, quedó meditando, sin duda sobre lo que había leído.

Muy importante debía ser esto, cuando le produjo tal impresión, que era penosa, pues su turbado rostro lo demostraba así.

Permaneció en el mismo sitio por espacio de diez minutos, sin apartar sus miradas de la casa del banquero, que se veía hacia el comedio de la calle, pasado el convento de las monjas Trinitarias.

De vez en cuando sus labios se movían, como á impulso de palabras sin sonido, que nadie podía oír.

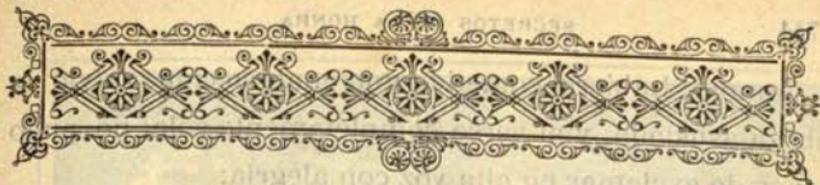
Primero arrugó el entrecejo, á causa tal vez de alguna idea enojosa que cruzara por su mente.

Luego se pintó sobre sus labios una leve sonrisa que causaba cierta satisfacción interior, contrastando con su pasado enojo.

En las más graves situaciones de la vida, pasa un hombre de la alegría á la pena, sin que haya un segundo de transición entre afectos tan opuestos.

Román parecía haber vuelto á su estado normal.

Adoptando un aire de indiferencia, abandonó aquel sitio, y siguió sin apresuramiento el camino que conducía á su casa.



CAPITULO LXXII

En el que se habla de un cirujano menor

N descuido de la jorobada hizo que Filomena pudiera apoderarse de aquella carta, y que se enterase el marqués de su contenido.

La noche anterior, poco después de la comida, Sofia se retiró á sus habitaciones, pretextando una ligera incomodidad para no salir, según costumbre.

Espió la partida de su padre, y cuando estuvo segura de que éste no podía estorbarla, evitando el encuentro de cualquiera de sus criados, bajó al jardín con el mayor sigilo.

Buscó la encina, muda protectora de sus amores, y con una emoción que hacía invisible la oscuridad de la noche, depositó la carta en el tronco.

Como si hubiera cometido una mala acción, volvió la cabeza asustada, y al verse completamente sola, no pudo menos de exclamar en alta voz con alegría:

—¡Nadie me ha visto!

En seguida deshizo lo andado, y desapareció por la escalinata de piedra, que daba acceso á la casa.

Magdalena debió estar muy ocupada todo el día siguiente: por lo menos descuidó la obligación que se había impuesto, no registrando el tronco del árbol.

Únicamente lo hizo al anochecer, por haber visto á Julio que esperaba en la Costanilla.

Pero ya era tarde, como saben nuestros lectores.

El marqués había tenido tiempo de leer la carta, gracias á la diligencia y buenos oficios de la doncella.

Vamos á dar una idea de lo más esencial de su contenido, ya que no la copiamos literalmente.

La hija del banquero encarecía á su amante la imprescindible necesidad que tenía de hablar con él.

No pudiendo apelar al medio que ya conocemos por los obstáculos que se presentaban, acudía á un extremo, lo más á propósito á su juicio, para lograr su deseo sin que nadie se apercibiese del caso.

Dentro de dos días era uno de los aniversarios del natalicio del banquero, el cual, queriendo distraer á su hija, daba una fiesta nocturna en el jardín, después de una gran comida.

En medio de la confusión natural producida por la



— Nadie me vé. —

aglomeración de convidados, Julio, á quien Magdalena introduciría por la puerta excusada, podía hablar con la joven sin llamar la atención, pues aun cuando fuera visto por alguno, le tomaría por uno de tantos asistentes á la fiesta.

En dicha carta, habia el siguiente párrafo:

«No me prives de tu presencia, Julio mio; urge el que nos veamos: es preciso acordar, y muy pronto, lo que nos conviene hacer, pues estoy temiendo que de un momento á otro se entere mi pobre padre de que le he engañado, y se haga patente mi deshonra dentro de seis meses, en cuyo plazo fatal puedo ser madre sin esposo.»

Esta noticia, que como ya dijimos, estaba muy lejos de sospechar Román, fué lo que le dejó absorto aquella tarde en la calle del León, y lo que le obligó á decir á Filomena que suprimiera su espionaje.

¿Para qué quería saber más?... ¿ni qué otra cosa de mayor importancia pudieran comunicarle?

Todos sus proyectos de boda debían desaparecer ante aquel hecho tan contundente.

Ya no se trataba de un devaneo, de una coquetería de una joven caprichosa, cuya duración sería efímera, y que su padre podía vencer por medio de la persuasión.

La cosa entrañaba una gravedad tal, que el mismo ban-

marqués no era más que ambición, y que su hija sería desgraciada con tal esposo.

Aun podía adoptar otro partido.

Callarse como el que nada sabe, y obligar al banquero á apresurar la boda con su hija.

Pero ésta, ante el porvenir que la esperaba uniéndose á un hombre odiado por ambicioso y ruin, preferiría declarar á su padre su deshonra, aunque se expusiera á sus iras.

El banquero, haciéndose cargo de todo, encontraría mucho más cuerdo unirla al hombre que se prestaba á reparar su falta.

Era indudable que Román atravesaba una situación desesperada, situación que daba al traste con sus ambiciosos proyectos, reduciéndole á la ruina, á menos que no encontrase otro banquero ávido de títulos nobiliarios que tuviese una hija casadera.

Las gentes acaudaladas no se pagaban, como antes, del blasón á palo seco; preferían el dinero, el brillo del oro, que oscurece al falso brillo de los pergaminos.

Un Pimentel iba siendo raro en aquella época.

Román decidió tener una entrevista con el banquero para participarle cuanto acababa de saber.

Iba ya á realizar este propósito; pero se detuvo.

Acababa de concebir una idea que fué la que le hizo sonreír y desarrugar el ceño.

Para madurarla convenientemente, para estudiarla y

ver el partido que podía sacar de ella, necesitaba tranquilidad y reposo.

Por eso se dirigió á su casa.

Comió bien, pues parece que estando satisfecho el estómago con buenos manjares y buen vino, las ideas se presentan con más lucidez en la imaginación.

Encendió un veguero, y viendo cómo se deshacían en el aire las espirales de azulado humo, entornó sus párpados, entregándose á una meditación profunda.

A la mañana siguiente, abandonó el mullido lecho antes de la hora acostumbrada, y sonando una campanilla, porque entonces no se conocían aun los timbres eléctricos, hizo que acudiera á su presencia un mozo de unos veintidos años, vivo como la pólvora y maleante como los arrieros que mantearon á Sancho, que le servía de ayuda de cámara, y cuyas buenas dotes había tenido ocasión de apreciar más de una vez.

—Felipe,—le dijo;—si no estoy mal informado, creo que antes de dedicarte al servicio doméstico has hecho algunos estudios en cirugía, con la pretensión de establecerte alguna vez, y hacer la vida independiente del barbero romancista.

—Así es la verdad, señor,—contestó el mozo.—Pero aunque mortifique algo mi amor propio, debo decir á us-

ted que mis aficiones al estudio no han pasado de aficiones.

—¿Pues cómo?

—Yo, con esa idea en la mente y ese propósito, inspirado por una hermana de mi madre encargada de mi educación, entré de aprendiz en una barbería de la Plaza de la Cebada, donde se desasanan los que más adelante pasan la mano y la navaja por todos los rostros más ó menos barbudos de la villa.

—Y no perdistes el tiempo; afeitas de un modo maravilloso.

—Fué lo único que aprendí.

—Pero de lo demás que atañe á un cirujano menor...

—Verá usted; me matriculé en el Colegio de San Carlos, obteniendo de mi maestro que me dejase libres las horas de clase.

¡Bien sabe Dios que yo tenía las intenciones más sanas respecto á mí mismo, y que me prometía aprovechar el tiempo con el fin de complacer á mi anciana tía!

Pero hizo el diablo que poco antes de llegar á la calle de Santa Inés, hubiese un billar en la de Atocha, por donde me era fuerza pasar todos los días.

El dueño bien pudo establecerse en otra cualquiera parte que no fuera en las cercanías del colegio.

Una mañana, había helado bastante la noche anterior, resbalé y caí en la calle, haciéndome algunas contusiones en la cabeza.

Dos compañeros míos me metieron en el billar citado, cuyo dueño, con una solicitud que le honra, se apresuró á darme un vaso de agua con una copa de aguardiente, facilitando un papel de estraza empapado en vinagre, una venda y una pieza de dos cuartos segovianos, para que mis compañeros aplicasen aquel apósito á un chichón mayúsculo que tenía en la nuca.

Aquel día no asistí á clase; la explicación del catedrático no hubiera entrado en mi magín como entraron los guijarros de la calle de Atocha en el occipucio.

Mis condiscípulos, para distraerme, me hicieron llevar el *mingo* en una partida de carambolas.

Y tan lograron su objeto, que, distraídos, los tres no abandonamos el billar hasta que pasaron dos horas.

Al día siguiente, cuando bajaba hacia el colegio, entré, como era justo, en el establecimiento, para dar las gracias al dueño por su solicitud conmigo.

Era temprano aún, y habiendo quedado pendiente la partida, la proseguimos; pero al concluirla, ya era tarde para entrar en clase.

En fin, y para abreviar, tan agradecido quedé, que no pude prescindir de ver todos los días al dueño del billar, de quien me hice muy amigo.

De esto resultó, que durante aquel curso no asistí á clase más que dos días.

Yo noté que á medida que atrasaba en mi carrera, iba adquiriendo una maravillosa destreza en el manejo de

taco, en la posición de la mano izquierda y en el golpe de vista.

En una palabra, tuve que abandonar la carrera, para lo cual no servía, y en cambio me hice un hábil jugador de billar, y llegué á medir mis fuerzas con el mismo Espino.

Vicisitudes de la vida, me hicieron más tarde dedicarme al servicio doméstico.

Y todo por haberme caído en la calle de Atocha, un día que iba á San Carlos con las mejores disposiciones para el estudio.

—¡Así se malogran los más santos deseos!—dijo Román sonriendo al oír aquellos datos biográficos de su criado.

—Seguramente, señor; el hombre propone...

—¡Pues!... y un tropezón dispone.

—¡No sabe uno para lo que le reserva el destino!

—¿De modo que tú en cirugía?...

—Estoy rapado á navaja.

—¿Pero no recuerdas nada de lo que estudiaste?

—Para eso hubiera sido preciso que estudiase algo.

—¿A lo menos sabrás sangrar?

—¡Ni aun eso! La persona que se pusiera en mis manos, corría el riesgo de quedar manca ó coja.

—¡Lo siento!

—¿Pero es que el señor necesitaba?...

Román le interrumpió, diciendo:

—¡No habrá sucedido lo mismo á alguno de tus compañeros que juegue al billar peor que tú!

—No, señor; hay entre ellos muchachos muy listos en su profesión, establecidos ya.

—¿Conservas buenas relaciones con alguno?

—¡Vaya!... relaciones íntimas.

—¿De modo que si reclamaras su auxilio?...

—Me servirían de balde.

—No; eso sería perjudicar sus intereses.

—¡Entre condiscípulos!...

—¿Tienes confianza con alguno de ellos?

—Con uno sobre todo, establecido en la calle de Segovia.

—¿Y si yo le necesitase?... pagándole bien.

—No tiene usted más que avisarme.

—Pues acaso no tarde en hacerlo.

—El y yo nos consideraremos muy honrados con servir á usted.

—Tampoco me olvidaré de tí, si quedo satisfecho del servicio.

—Creo que sí lo quedará usted, porque es un hombre muy hábil en su profesión.

—Pues bien, Felipe; te avisaré en tiempo oportuno.

—El ayuda de cámara se retiró, después de hacer una profunda reverencia.

Aquel diálogo, que al parecer no se rozaba para nada con el asunto que el marqués tenía entre manos, pareció dejarle muy satisfecho.

Al quedarse solo exclamó, frotándose las manos:

—No sabía yo lo conveniente que es para un hombre

como yo, tener criados que conservan buenas relaciones con un cirujano menor!

Aquella tarde recibió en su casa la invitación que le hacía el banquero Pimentel para la fiesta nocturna que preparaba.

CAPITULO LXXIII

